



Colección **1**
Lenguaje y acción

El compromiso literario en la reflexión de lo político

Porfirio Cardona-Restrepo
Freddy Santamaría Velasco
Óscar Hincapié Grisales
Editores



Universidad
Pontificia
Bolivariana

Universitat
Konstanz



Red de cooperaci3n
"Nuevas perspectivas en teora de la cultura"



Sozialwissenschaftliches Archiv
Konstanz Alfred-Schutz-Gedachtnis-Archiv

801.3
C737

Cardona Restrepo, Porfirio, editor
El compromiso literario en la reflexión de lo político / editores Porfirio Cardona-Restrepo, Freddy Santamaría Velasco y Óscar Hincapié Grisales.
-- Medellín: UPB, 2018.
288 páginas, 16.5 x 23.5 cm.
ISBN: 978-958-764-623-8 / 978-958-764-624-5 (versión web)

1. Política y literatura – 2. Violencia y literatura – 3. Literatura – Aspectos sociopolíticos – I. Santamaría Velasco, Freddy, editor – II. Hincapié Grisales, Óscar, editor – III. Título

UPB-CO / spa / RDA
SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Porfirio Cardona-Restrepo
© Freddy Santamaría Velasco
© Óscar Hincapié Grisales
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

El compromiso literario en la reflexión de lo político

ISBN: 978-958-764-623-8
ISBN: 978-958-764-624-5 (versión web)
DOI: <http://doi.org/10.18566/978-958-764-624-5>
Primera edición, 2018
Escuela de Derecho y Ciencias Políticas
Facultad de Ciencias Políticas
CIDI

Grupo de Investigación: Estudios Políticos. *Línea:* Teoría política. *Proyecto:* Discurso y prácticas políticas en el marco del pluralismo democrático. *Radicado:* 955B-12/17-36

Grupo de Investigación: Lengua y Cultura de la Escuela de Educación y Pedagogía. *Proyecto:* Didáctica de las lenguas clásicas: aprendizaje y enseñanza en la formación universitaria. *Radicado:* 137C-05/18-42.

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Pbro. Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano Escuela de Derecho y Ciencias Políticas: Luis Fernando Álvarez Jaramillo

Director Facultad de Ciencias Políticas: Porfirio Cardona Restrepo

Editor: Juan Carlos Rodas Montoya

Coordinación de Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Ana Milena Gómez Correa

Corrección de Estilo: Santiago Gallego

Dirección Editorial

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2018
Correo electrónico: editorial@upb.edu.co
www.upb.edu.co
Teléfono: (57) (4) 354 4565
A.A. 56006 - Medellín - Colombia

Radicado: 1758-17-09-18

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Los *Ensayos* de José Saramago: entre la discrepancia política y la indignación ciudadana

SAMUEL RICARDO VÉLEZ GONZÁLEZ¹
UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA - COLOMBIA

Introducción

Saramago, señalado como un hombre apasionado y triste, en quien la melancolía en ocasiones permea a sus personajes y como él mismo lo anotara en su diario el 9 de agosto de 1996: “Tal y como lo entiendo, la novela es una máscara que esconde y al mismo tiempo revela los trazos del novelista. Probablemente (digo probablemente...), el lector no lee la novela, lee al novelista” (2001b, p. 203), trasluce su pensamiento político a través de sus textos. Es entonces cuando toma mayor sentido la lectura de su producción literaria como un ejercicio hipertextual donde se vinculan fragmentos de sus novelas y escritos con otros fragmentos de su producción intelectual para relacionar su pensamiento político con su producción literaria, intentando corroborar, en el mundo imaginario de sus novelas *Ensayo sobre la lucidez* y *Ensayo sobre la ceguera* –las dos escogidas para abordar el tema de los

1 Arquitecto (1984), Doctor en Filosofía (2012) con la investigación orientada desde la Antropología Filosófica en la línea de trabajo de Filosofía, Literatura y Arquitectura titulado: *El habitar humano de los espacios arquitectónicos en la obra de José Saramago*; y estudios de posgrado en la Especialización en Gestión Empresarial para la Arquitectura (1996); Decano de la Escuela de Arquitectura y Diseño de la Universidad Pontificia Bolivariana sede Medellín -2004 al 2010-, y Director del Programa de Arquitectura – 2004-2009, 2015 hasta la fecha en la misma institución. Par evaluador del Ministerio de Educación Nacional. Representante por Colombia en el Area de Arquitectura del Proyecto Tuning América Latina, y Coordinador Latinoamericano del Area (dentro del Proyecto ALFA III, 2006-2013). Miembro de la red académica Latin America-ENHSA -European Network of Heads of Schools of Architecture- para la formulación de currículos de Arquitectura basados en competencias. Presidente de la Asociación Colombiana de Facultades de Arquitectura -ACFA- del 2018 al 2020. Correo electrónico: samuel.velez@upb.edu.co

ciudadanos y la política, apoyados además en sus múltiples entrevistas y en su diario personal publicado bajo el título *Cuadernos de Lanzarote I y Cuadernos de Lanzarote II*– si “la historia de la humanidad es una interminable sucesión de ocasiones perdidas”, como lo dejó escrito en su penúltima obra *El viaje del elefante* (2008, p. 233).

Su propia condición y realidad como escritor es el resultado de un acto político: en 1969 se afilió al Partido Comunista Portugués, trabajando como periodista, escritor de poesía, funcionario del Ministerio de Comunicación Social –sus principales empleos–, hasta 1975, cuando el 25 de noviembre es despedido del *Diario de Noticias* en el cual se desempeñaba como director-adjunto: “cargo que desempeñé hasta noviembre de ese año y del que fui despedido como consecuencia de los cambios ocasionados por el golpe político-militar del 25 de aquel mes, que frenó el proceso revolucionario” (Baptista-Bastos, 2011, p. 107). En ese momento decide no buscar trabajo estable y dedicarse a escribir, formando parte del Movimiento Unitario de los Trabajadores Intelectuales para la Defensa de la Revolución –MUTI–; comenzando el trasegar literario como novelista y dramaturgo, con el cual obtuvo reconocimiento mundial, permitiéndole, de esta forma, presentarse como conferencista en universidades por todo el mundo, y conceder entrevistas para los más diversos diarios y revistas del hemisferio.

Saramago comenzó su vida literaria –como oficio para la vida– a la edad de 53 años, luego de un trasegar autodidacta por la literatura y los idiomas en la Biblioteca Municipal del Palacio de las Galveias en Lisboa desde sus años de adolescencia y juventud. Termina los estudios de técnico mecánico y comienza un bagaje laboral en oficinas administrativas hasta llegar a las editoriales y la prensa. La madurez en edad, en pensamiento político y en cultura leída y aprendida de la vida, le permite tener claridad de la dimensión y el compromiso al asumir el oficio de escritor: “En mi oficio de escritor pienso no haberme apartado jamás de mi conciencia de ciudadano. Defiendo que a donde uno vaya, el otro deberá acompañarle [...] es que a la hora de escribir estoy expresando la totalidad de la persona que soy” (Saramago, 2001b, p. 242). El pensamiento político saramaguiano emerge –con fuerza y contundencia– desde la lectura de sus novelas, y es enriquecido al contextualizarlo con sus reflexiones, consignadas en las declaraciones públicas o en su diario personal.

Este compromiso de Saramago como ciudadano, con su oficio, y con su conciencia política, es el tema por desarrollar en los dos apartados

siguientes: el primero, a partir de las situaciones de la vida que generaron la indignación manifestada de forma reiterativa por el escritor luso en sus entrevistas y escritos; el segundo, a través del análisis y las opiniones sobre el sistema democrático, sus repercusiones en la vida y en la consciencia del hombre contemporáneo.

Cuando los dolores son muy grandes, los ojos no soportan verlos

La lápida de su tumba, según su voluntad –así lo expresó a Susana Reinoso en Brasil–, debería decir: “Aquí yace, indignado, José Saramago. Por dos motivos indignado: primero por no estar vivo. Y luego por haber venido a un mundo tan malo y que en lo esencial no ha cambiado [...]” (Sorel, 2007, p. 227). Y es que la obra literaria del Premio Nobel de literatura de 1998 es el reflejo de sus reflexiones y posiciones críticas frente a las situaciones cotidianas de la vida de un ciudadano comprometido políticamente con el momento histórico en el cual le ha tocado vivir: el capitalismo dominante, la supremacía de los Estados Unidos en las negociaciones con otros países, la guerra en Palestina, el genocidio israelí frente a sus vecinos, la guerra del golfo, el sistema económico europeo posterior a la Unión Europea, la pérdida de liderazgo y de ideas de la izquierda política, el sistema democrático y sus degeneraciones, la primacía del comercio y el consumo en la vida social, los procesos desenfrenados de urbanización, el aislamiento político de España y Portugal del resto de Europa, la realidad de la pobreza latinoamericana, y los totalitarismos gubernamentales; todos temas de vigencia cotidiana en la vida del hombre contemporáneo, tratados por el escritor como parte de sus guiones novelísticos, dentro de su especial narrativa. Ello fue la razón expresada en el acta del jurado al momento de reconocer el premio Nobel de literatura: “who with parables sustained by imagination, compassion and irony continually enables us once again to apprehend an elusory reality” (Nobel Prize, 2014, s.p.).

La coherencia entre su vida como ciudadano y escritor le permiten ser crítico frente a los colegas de oficio, cuestionando su papel dentro de la sociedad, los compromisos como ciudadanos en ese vínculo indisoluble entre el escritor y el individuo dentro de una sociedad del presente, aunque

como escritores crean estar trabajando para el futuro. Su argumentación es aún más precisa e incisiva, como lo publicó Andrés Sorel (2007) partiendo de la entrevista que dio lugar al texto *Saramago, una mirada triste y lúcida*:

El problema está, más crudamente, en que el escritor por regla general dejó de comprometerse como ciudadano, y que muchas de las teorías en que se fue dejando envolver acabaron por constituirse en escapatorias intelectuales, modos de enmascarar, ante sus propios ojos, la mala conciencia y el malestar de ese grupo de personas –los escritores– que, después de haberse considerado a sí mismos faro y guía del mundo, añaden ahora a la oscuridad intrínseca de todo acto creado las tinieblas de la renuncia y de la abdicación cívica [...]. Después de dejar este mundo el escritor será juzgado por aquello que hizo. Mientras esté vivo, reclamamos el derecho de juzgarlo también por aquello que es (p. 225).

En el mismo texto explica el por qué de su percepción de un mundo tan malo y sin evolución ni cambio: la inequidad en la repartición de la riqueza, donde los que más tienen cada vez son más ricos y los que menos tienen cada vez más pobres; el monopolio del conocimiento en una minoría que cada vez sabe más y una mayoría más iletrada; la necesidad de trabajar y las formas de tener el conocimiento fácil y disponible propician y globalizan la ignorancia social; no hay estrategias justas para redistribuir la riqueza y la explotación laboral se expande sin distinción de edad, raza o etnia de manera globalizada al servicio de las multinacionales y los poderes económicos, con evidencias continuas y en aumento en todas las naciones, con énfasis en los países del tercer mundo. Su pesimismo aflora frente al mundo y la consolidación del poder económico sobre todo lo demás:

No sé si las sombras o las imágenes nos ocultan la realidad. Eso se puede debatir indefinidamente, pero estamos perdiendo la capacidad crítica de lo que pasa en el mundo. [...] El neoliberalismo a mi juicio, es un nuevo totalitarismo disfrazado de democracia y manteniendo las apariencias. El centro comercial es un símbolo de ese nuevo mundo del que hablo. Pero hay otro pequeño mundo que desaparece. El de las pequeñas industrias o el artesanado [...]. Está claro que todo muere, pero hay gente que tiene derecho a vivir, a construir su propia

felicidad y son eliminados. Pierden la batalla por la supervivencia, pero ellos mismos ya no soportan vivir bajo las reglas del sistema. Se marchan como vencidos, pero con dignidad, diciendo que no quieren ese mundo (Sorel, 2007, p. 236).

Saramago fundamenta su indignación en la pérdida de capacidad crítica del hombre contemporáneo por lo que pasa en el mundo, abandonando la responsabilidad intrínseca de la humanidad de pensar y de pensarse para actuar. Para él, el hombre de finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI ha abandonado la responsabilidad de pensar y de actuar: “Nos hemos convertido en seres inertes sin capacidad de indignación, de inconformismo y de protesta que nos caracterizó durante muchos años [...]. Hemos llegado al final de una civilización y la que viene no me gusta [...]” (Sorel, 2007, p. 237).

Es en esta actitud reflexiva y crítica, realizada de manera permanente por el autor lusitano por medio de su obra literaria y su vida pública, donde se manifiesta su activismo político, en la medida como interviene o trata de intervenir en los procesos que permiten llegar a decisiones respecto a la forma de gobierno, sus planes y estructura gubernamentales; demarcando las condiciones dentro de las cuales ejerce su libertad individual y el cumplimiento de la justicia (Ferrater, 2004). Saramago fue un crítico abierto y frentero del régimen del dictador António de Oliveira Salazar, quien ejerció como primer ministro de Portugal entre el 5 de Julio de 1932 hasta el 25 de septiembre de 1968, en consonancia –y consecuencia– con sus ideas políticas y militancia dentro del partido comunista, siendo por ello sujeto de persecución y aislamiento laboral por parte del régimen, como se mencionó anteriormente.

Indignado también porque la sociedad ha abandonado y desaprovechado su competencia natural para indignarse, como lo expresó en *El Imparcial* de Madrid el 26 de octubre de 2006: “Hemos perdido la capacidad de indignarnos. De lo contrario, el mundo no estaría como está” (Gómez, 2010, p. 177). Saramago no encuentra en la sociedad contemporánea evidencias de indignación espontánea frente a todas las injusticias y atropellos que se le imponen a sus ciudadanos, sino más bien una enfermedad del espíritu, aquella que diagnostica como “mal de la indiferencia ciudadana” (Gómez, 2010, p.506). Indiferencia traducida como egoísmo, por querer tener más, consumir más, satisfacer los propios deseos por encima del otro o de la misma naturaleza. El 3 de enero del año 2000, en *El Mundo* de Madrid, Saramago declaró:

Estamos construyendo una sociedad de egoístas. Si a ti te dicen que lo que importa es lo que compras, y según lo que compras te consideran más o menos, te conviertes en un ser que no piensa sino en satisfacer sus gustos, sus deseos y nada más. En ninguna facultad hay una signatura de egoísmo, pero no es necesario, la propia experiencia social es la que nos está haciendo así. Las iglesias y las catedrales, a lo largo de la Historia, eran los lugares donde se buscaba un valor espiritual determinado. Ahora los valores se adquieren en los centros comerciales. Son las catedrales de nuestro tiempo (Gómez, 2010, p. 513).

Entonces, ¿cómo manifiesta Saramago su indignación? Como lo expresa en su libro *Las maletas del viajero* (2003), es por medio de la ironía dentro de su escritura y sus palabras: “Pero he de confesar que esta ironía me sirve como receta de buen médico cuando la otra puerta de salida tendría que ser la indignación” (p. 184). Y, ¿por qué la ironía? Porque la ironía es como una máscara de dolor convertida en la defensa arrastrada y usada por quienes son personas frágiles y sensibles ante la realidad y la impotencia; pero Saramago no esgrime una ironía agresiva, sino una ironía fatal y trágica ante la vida: fatal porque es pesimista con –y por– el hombre, y trágica porque al expresarla es consciente de su inutilidad, pero continúa utilizándola acorde con su personalidad: un hombre irónico siempre será melancólico (Gómez, 2010).

Indignado e irónico, el escritor de Azinhaga abre el epígrafe de su novela *Ensayo sobre la lucidez* (2004) con la sentencia: “Aullemos, dijo el perro”. Es su obra con el tema de la política como argumento evidente y directo, una muestra de indignación y de protesta en contra del sistema democrático. La trama de la novela comienza con la narración sobre unas elecciones municipales, en una ciudad sin nombre y lugar indeterminado, ejercicio electoral donde el 83% de los electores vota en blanco:

Sufro la manía de mirar que hay detrás de las cosas y digo lo que todo el mundo sabe: la democracia es un sistema bloqueado, vigilado. Tenemos todas las libertades, pero estamos dentro de una burbuja. En las elecciones podemos quitar a un gobierno y poner a otro, pero no podemos cambiar el poder. El poder real es el económico y es el Fondo Monetario Internacional quien determina nuestras vidas. (Mora, 2004, s.p.)

En esta novela, el voto en blanco ejercido por los ciudadanos es la manifestación de una revolución pacífica, inconformes con lo que pasa con quienes los gobiernan, y por ello salen a ejercer su derecho al voto, no se abstienen, sino que votan, pero en blanco. Aflora entonces la reacción de los políticos de oficio –según la imaginación del escritor–, quienes prefieren la abstención al voto en blanco, porque para la primera se pueden argumentar variadas explicaciones –desde el desinterés o la dejadez de la ciudadanía–; pero el voto en blanco es un ejercicio de elección democrática contundente, un dedo que señala el inconformismo del ciudadano con el sistema o con las opciones políticas. En la obra, la revolución originada autónomamente por los votantes, quienes no se han puesto de acuerdo sobre cómo votarán previamente, sino que obran acorde con su vivencia y su derecho ciudadano personal e intransferible, acaba de manera trágica por la represión ejercida por el poder, quien se siente vulnerado y acorralado: en nombre de las instituciones democráticas y de la razón de Estado se cometen asesinatos, mas nunca se plantea el gobierno que el problema pueda estar en él. Para Saramago, el después, generado por esta situación, no hace parte del libro, sino de la realidad misma.

¿Dónde estaría entonces el vínculo –y el límite– entre la literatura y la política en la obra de José Saramago? Se podría encontrar una primera respuesta en las temáticas de sus obras tempranas, en las cuales es evidente la posición del autor como un crítico europeísta (temática abordada en la novela *La balsa de piedra*²), como un defensor de la paz y un comunista convencido (en ello fundamenta el argumento de su novela *Levantado del suelo*³), conocedor de la Historia de su país y actualizado frente a los acontecimientos mundiales, preocupado ante el avance del capitalismo radical, e “inconformista con aquellos que piensan que la política es el arte de no decir la verdad” (p. 17), según las palabras escritas por César Antonio Molina en el prólogo de los *Cuadernos de Lanzarote I 1993-1995* (2001a),

2 Novela publicada en 1986, en la cual cuenta la historia ficticia de la separación geográfica de la Península Ibérica del resto del continente europeo como consecuencia de una grieta abierta espontáneamente a lo largo de los Pirineos, por la cual se aleja de Europa flotando en el Atlántico.

3 El título original en portugués *Levantado do chão*, publicada en 1980. Relata la historia de los labriegos del Alentejo portugués desde 1910 hasta 1979, incluyendo la Revolución de los Claveles ocurrida el 25 de abril de 1974 y la represión de la masa campesina. Es considerada como la primera gran novela del autor.

diario publicado por Saramago para compartir sus reflexiones y pensamientos en el período anterior al premio Nobel de literatura.

Una segunda respuesta la otorgó Saramago cuando fue preguntado en una de sus múltiples entrevistas: ¿si todas las novelas son políticas o reflejan malentendidos políticos?, a lo cual respondió:

Incluso cuando reflejan malentendidos políticos son necesariamente políticas. En sentido lato, todas las novelas son políticas. Madame Bovary es evidentemente una novela política. Incluso, insisto en esto, si reflejan malentendidos, porque la política también se hace de eso. ¿Por qué no se iba a hacer en la literatura? (Baptista-Bastos, 2001, p. 49).

Al leer su obra, poblada de ficciones y de personajes psicológicamente descritos que pareciera pudieran encontrarse a la vuelta de la esquina, se descubre al hombre que está detrás de la literatura, en toda su humanidad, una persona del común con sus dudas e inquietudes, sus limitaciones y sus temores, alguien descrito por él mismo: “Un escritor es como otra persona cualquiera, no puede saberlo todo, ni puede vivirlo todo, tiene que preguntar e imaginar” (Saramago, 2000, p. 390).

Imaginación que lo llevó a escribir en el año de 1995 la novela *Ensayo sobre la ceguera* (2000), con la cual se hizo merecedor del Premio Camões, libro definitivo para evidenciar la consistencia de su obra literaria y llevarlo a merecer el Premio Nobel. La trama de la novela ha sido vista como una síntesis de los acontecimientos atroces vividos por la humanidad durante el siglo XX (guerras, regímenes opresores, dictadores sanguinarios, fundamentalismos religiosos y políticos, desastres naturales) y la “ceguera blanca” que va contagiando paulatinamente a toda la sociedad, como una metáfora de la deshumanización expandida por todo el hemisferio, afectando finalmente la integridad de la sociedad: “For Saramago, blindness is a type of illumination, and what the white blindness, ‘like the sun shining through mist’, reveals is the dependence of people on one another and the necessity of society’s deliberate organization” (Kunkel, 2001, s.p.). El sentido de la ceguera podría interpretarse como una ilustración de nuestra mutua dependencia interpersonal, la cual se oculta en una sociedad neoliberal: el autor revierte aquí los términos de vida de la era post-totalitaria en la cual vivió bajo la dictadura de Salazar, llevando a la novela, con la ironía que lo caracteriza, las llamadas y declaradas virtudes

de orden e información con las cuales el estamento policial controlaba el ordenamiento y la convivencia social.

La ceguera blanca de la sociedad contemporánea es otro motor para la indignación saramaguiana, porque –de manera voluntaria o impuesta– el hombre va claudicando sus principios hasta llegar a perder –o vender– su dignidad, avalando o siendo indiferente frente a las injusticias e inequidades, y rompiendo los valores que lo dignifican como ser humano y lo hacen ciudadano dentro de un colectivo. La mujer del médico, en la novela citada, reflexiona: “[...] que la dignidad no tiene precio, que una persona empieza por ceder en las pequeñas cosas y acaba por perder todo el sentido de la vida” (p. 229). Hasta en los momentos cumbres de su vida, Saramago llamó la atención sobre la injusticia y la desigualdad; en la cena de celebración por el Premio Nobel en Estocolmo, declaró durante el brindis su preocupación por la multiplicación de la injusticia y las desigualdades, el crecimiento de la ignorancia y de la miseria, la falta de solidaridad y respuesta ante la muerte por inanición de millones de personas, llegando a afirmar que se llega más fácilmente a Marte que a nuestros semejantes (Gómez, 2010).

María Alzira Seixo, citada por Saramago dentro de su diario en la página correspondiente al 8 de septiembre de 1995, analiza el *Ensayo* a partir de la ceguera epidémica –porque es un mal contagioso y endémico para la sociedad– como un mar de blancura luminosa, una ausencia de humanidad; inversa a las tradicionales tinieblas oscuras asociadas a la privación de la vista, “y cómo, desde el punto de vista poético y simbólico, Saramago nos guía a través de esa pérdida en la luz por los caminos abarrotados de la inmundicia física y moral de una comunidad inorgánica y carente (...)” (2001a, p. 626).

El tiempo narrado en *Ensayo sobre la ceguera* (2000) es denominado por el autor como el período de la “ceguera de la razón”, porque desvela la descomposición social a la cual ha llegado el sistema democrático, soportado por el poder que se encuentra respaldado en la fuerza opresiva y represiva, y en el gran egoísmo tanto de gobernantes como de ciudadanos. Saramago, crítico del sistema, se encargó durante los años 2003 al 2008, período posterior a la adjudicación del Premio Nobel de Literatura, a expresar en los múltiples foros, eventos y encuentros culturales y académicos a los cuales asistió, su posición crítica frente a la realidad mundial y a la farsa del sistema democrático actual, presionado hasta perder la autonomía de cada país por las políticas monetarias internacionales. Así lo expresó el 12 de marzo de 1997:

[...] hablé, por tanto, de política, del poder real y del poder aparente, de los dos modos de la democracia, el verdadero de las ideas y el falso de la práctica, hablé del mercado y de sus procesos, del capital especulador no productivo, de la necesidad de comprender los mecanismos directos e indirectos de coacción en la sociedad globalizada en que vivimos, hablé de dudas y de perplejidades, de indagaciones y de interrogantes, de aprender a dar la vuelta completa a las cosas como única forma de llegar a saber (tal vez) lo que son las cosas (2001b, p. 345).

Una tercera respuesta al interrogante está en la condición de ciudadano del escritor, y como tal, es en ese rol cuando hace política; pero también la hace desde su oficio alrededor de la escritura en la medida que narra, de manera novelada o ficticia, su realidad, no en el sentido autobiográfico, sino en el literario, como lo escribió en su diario el 9 de agosto de 1996:

Lo que el autor va narrando en sus libros no es su historia personal aparente. No es eso que llamamos el relato de una vida, no es su biografía linealmente contada, cuántas veces anodina, cuántas veces sin interés, sino otra, la vida laberíntica, la vida profunda, aquella que difícilmente osaría o sabría contar con su propia voz y en su propio nombre (2001b, p. 204).

Ha quedado manifiesto cómo en los textos de sus novelas Saramago recurre a la ironía para expresar su inconformismo e indignación, mientras que en las entrevistas y artículos es claro y directo para develar su percepción del mundo; pero, ¿cómo concilia el autor de *Ensayo sobre la lucidez* su pensamiento ciudadano con la participación en la política? Las experiencias de su vida lo conducen a revisar críticamente –entre la razón y desencanto– el sistema comunista, el socialismo y la democracia.

Los grandes males piden grandes remedios

La condición de ciudadano dentro de un sistema democrático motiva la reflexión de Saramago en una doble vía: de una parte, considera importante

la democracia por cuanto es un sistema participativo donde el hombre asume su condición de ciudadano; pero al mismo tiempo, lo considera un sistema imperfecto porque es evidente la limitación y carencia de posibilidades que tiene el hombre para intervenir en las circunstancias de la vida pública, en el marco de la libertad que permita a cada ciudadano ser un político en todos los aspectos de su existencia. Sólo si se tiene libertad –humana y política–, se comienza a tener riqueza espiritual y cívica como auténtico ciudadano (Gómez, 2010). Con su característica ironía, el 7 de diciembre de 1997, opina sobre el asunto en su diario: “[...] abusando de la ingenuidad de unos y con el cinismo de otros, seguimos llamando Democracia” (2011b, p. 495).

Argumenta su percepción sobre la democracia, citando a Winston Churchill en su blog: “[...] Churchill decía que era el menos malo de los sistemas conocidos (la democracia). No dijo el mejor, dijo el menos malo” (2009, p. 40); escribiendo más adelante en la misma publicación sobre la importancia que tiene un sistema donde el gobierno es ejercido desde el pueblo y para el pueblo, reclamando el derecho que tiene el mismo pueblo en ejercer la administración total para alcanzar su propio beneficio y su felicidad, en una armonía y equilibrio que Saramago denominó “la ley de la conservación de la vida” (p. 43).

A renglón seguido, su pluma se viene lanza en ristre contra el ideario democrático y denuncia que los gobernantes de los países democráticos han olvidado al pueblo que les dio el mandato, de tal forma que el pueblo pierde su condición de gobernarse a sí mismo por la falta de representatividad y compromiso de sus dirigentes, pasando de la democracia a la plutocracia; y más grave aún, denuncia una injerencia de los gobiernos de los países más poderosos sobre aquellos más débiles económicamente, de tal forma que la globalización absorbe también los sistemas de gobierno de las democracias más pobres (p. 43). Su discurso continúa hilvanando las condiciones impuestas a los gobiernos por el poder económico y financiero –en concreto por el Fondo Monetario Internacional–, condicionando la ayuda al cumplimiento de las recomendaciones para llevar a cabo ajustes económicos y fiscales en el gobierno apoyado, en lo que es una clara afectación de su autonomía política. Su disertación concluye con la claudicación de la democracia ante el sistema, el cual finalmente la desplaza en la toma de decisiones sobre el pueblo, reflexión que nos comparte en su diario de internet: “[...] único e inobjetable poder, el poder económico y financiero mundial, ese que no es democrático porque no lo eligió el pueblo, que no es democrático porque

no está dirigido por el pueblo, que finalmente no es democrático porque no contempla la felicidad del pueblo” (p. 44). Con antelación a su blog (2009), había escrito en su diario el 2 de agosto de 1997:

Me preguntaron por la democracia, y les respondí que la democracia, tal y como la estamos viviendo, es una mentirosa falacia, que no se puede hablar de democracia cuando sabemos que los gobiernos, resultando de actos electorales democráticos, en seguida se convierten en meros mandatarios del único poder real y efectivo que es el de los grandes grupos económicos y financieros transnacionales (2001b, p. 421).

Saramago (2009) reivindica a través de su obra los cuatro principios sobre los cuales se debe sustentar un sistema democrático y nunca abandonarse: la justicia, la libertad, la igualdad y la solidaridad. Pero, las falsas democracias gobernantes, controladas por el poder financiero mundial y afectadas por la corrupción de las conciencias, el clientelismo partidista, y la cultura de la banalidad, entre otros vicios, son una muestra más de la ceguera que padece la sociedad actual (2001b). La condición fundamental que un sistema democrático debe tener, y más aún evidenciar, es la efectiva y concreta democracia económica, acompañada de la democracia cultural, aspectos fundamentales para garantizar la soberanía de los pueblos en su capacidad para elegir sus gobernantes y definir su destino cuando son convocados a votar. Por ello, tanto los ciudadanos como los gobernantes, deben evidenciar en sus decisiones y en sus actuaciones sabiduría y prudencia, cualidades necesarias para el ejercicio de la política. Los grandes enemigos del ejercicio democrático son la ambición personal y el egoísmo:

[...] con los modelos supuestamente democráticos en uso, a mi manera de ver, pervertidos e incoherentes, que, no siempre con buena fe, cierta especie de políticos intentan convertir en universales, con promesas falsas de desarrollo social que apenas consiguen disimular las egoístas e implacables ambiciones que las mueven (2009, p. 59).

La democracia no se puede convertir en un puñado de palabras retóricas: “Estamos en una situación en que una democracia, que, según la definición antigua, es gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo, en esa democracia precisamente está ausente el pueblo” (Gómez, 2010, p.

431). Tampoco puede resumirse en una sucesión de gobiernos democráticos formalmente legítimos, debe consolidarse como una democracia sustancial. El riesgo de los ciudadanos es no poder cambiar mediante la democracia el modo como se está ejerciendo el poder; no es solo cambiar el gobernante y su gabinete, sino cambiar la conciencia de quienes gobiernan y de quienes los eligen: “Los ciudadanos tenemos todas las libertades democráticas posibles, pero estamos atados de manos y pies porque con el cambio de gobierno no podemos cambiar el poder”, tal como lo publicó *El Correo* bilbaíno el 27 de abril de 2004 (Gómez, 2010, p. 433).

Finalmente, podemos extraer de los escritos de Saramago otro riesgo que atenta contra el sistema democrático: la falta de verdad en los hombres que ejercen la política. En *Clarín* de Buenos Aires, publica la frase lapidaria para la democracia: “Cuando un político miente, destroza la base de la democracia” (Gómez, 2010, p. 483).

Ante este panorama de un sistema democrático en crisis, ¿qué salida encuentra Saramago para los ciudadanos? El 30 de junio de 2005, en el *Semanario Universidad* de San José de Costa Rica, el ciudadano del mundo José Saramago convoca a los demás ciudadanos a reinventar la democracia como una condición indispensable para tener un futuro como habitantes de una ciudad y de un país: “El problema central hoy es la democracia, porque de su reinención depende nuestro futuro como ciudadanos. Si no se reinventa la democracia, seguiremos en esta farsa periódica electoral” (Gómez, 2010, p. 434). En la revista *In Formación* no. 8, de julio de 2000, insiste en el engaño que es la democracia actual, y llama la atención sobre el riesgo del consumismo como nueva ideología de control social: “Esta democracia es un engaño. La ciudadanía está anestesiada, el consumismo es la nueva ideología” (Gómez, 2010, p. 513).

El sistema democrático es imperfecto y, dadas las condiciones antropológicas del habitar del hombre en el mundo actual, es un sistema riesgoso por la apatía y la falta de compromiso ciudadano por participar y vigilar. Pero, ¿cuál es el concepto de Saramago sobre el ideario comunista y el sistema socialista? Ya en el ocaso de su vida, reflexiona sobre el comunismo y el socialismo, sistemas políticos de los cuales fue militante y designado electo, pudiendo verificar a través del ejercicio del poder sus principios e ideales, siendo –fiel a su temperamento– crítico con el resultado histórico de esta experiencia:

El comunismo mereció la pena. A pesar de todos los errores, de todos los crímenes, mereció la pena. Pero el comunismo no existió nunca. Probablemente no podrá haber socialismo sin socialistas [...]. Los hechos han demostrado que tres generaciones del socialismo no formaron hombres nuevos. Cuando digo que no existe socialismo sin socialistas, estoy invirtiéndolo todo, porque creo que ser socialista es una aptitud de espíritu (Sorel, 2007, p. 217).

El escritor prefiere hablar de política y de sus propias reflexiones en las múltiples conversaciones y conferencias que ofrece a diferentes periodistas e instituciones alrededor del mundo. En esta ocasión, sus ideas emergen en medio de la conversación publicada por Baptista-Bastos (como es citado en Sorel, 2007):

Saint-Just en la Convención de París dijo: La República francesa proclama que la libertad es posible entre los hombres. Pero la felicidad no se hizo con proclamas. Los partidos llamados socialistas dejaron de ser de izquierdas. Es preciso asumir esta realidad. No vale la pena continuar con una ficción que es la de juzgar que los partidos socialistas aún son de izquierda. Ya no son de izquierda, son de centro [...]. Para mí resulta claro que la izquierda no se reconstruirá con los partidos socialistas de hoy. La izquierda tiene que construirse de otra manera, porque los partidos comunistas, los que se mantienen como tales, sufren, en muchos casos, de una excesiva presencia del pasado. Están condicionados por hábitos mentales, conceptos de vida, interpretaciones de textos del pasado. En este momento, para Europa, la ideología carece de importancia. Preténdase conciliar lo que en principio resulta inconciliable: la izquierda con la derecha y reducirlas al centro. Esto es una operación mental e ideológica extraordinariamente hábil que cuenta con la complicidad de todos (p. 220).

Sin embargo, por encima de su vivencia como comunista, no deja de reflexionar y de criticar el fracaso de las iniciativas políticas y las experiencias de gobierno que se han fundamentado en los principios marxistas:

La izquierda está como está porque no tiene ideas y, sobre todo, porque las guerras de mañana no se hacen con las armas de ayer. Lo que se ha hecho al marxismo es algo absolutamente criminal: glosar y glosar

interminablemente a Marx y Engels, no añadiendo nada que fuera fruto de una reflexión. Nos encontramos en lo que llamo un desierto de ideas (Gómez, 2010, p. 408).

El hombre contemporáneo no ha planteado un sistema político acorde con sus realidades, ni tampoco se ha comprometido con su deber de participar por medio de la elección y luego la vigilancia a sus gobernantes; en algunas ocasiones por la falta de convicción, pero en otras, como lo ha mencionado el nobel lusitano, por el egoísmo y la apatía, la desinformación, y, finalmente, por la falta de humanidad imperante en las relaciones del mundo contemporáneo. El escritor recrea su pensamiento a través del personaje de “la chica de las gafas oscuras” en el libro *Ensayo sobre la ceguera* (2000, p.369), quien pronuncia las palabras clave: “Dentro de nosotros hay una cosa que no tiene nombre. Eso es lo que somos”. Ahí se encuentra la esencia, la respuesta a lo que necesitamos buscar y darle nombre: quizá, sencillamente, lo podamos llamar “humanidad”. Pero, si la humanidad no retoma la razón, el sentimiento para comenzar nuevas relaciones humanas más limpias y vinculantes, con mayor conocimiento del otro; Saramago no cree que sea posible alcanzar una vida más humana, porque el camino de la sociedad actual está conduciendo al hombre a un no futuro, hacia algo indudablemente desastroso (Gómez, 2010).

Ante esta situación, el autor de *Ensayo sobre la lucidez* convoca a disentir como derecho de todo ciudadano, actitud con la cual evidencia la imposibilidad de renunciar a actuar en conciencia, tal como lo expresó en Madrid, el 15 de octubre de 2003, a través del medio digital *www.cubaencuentro.com*: “Disentir es un derecho que se encuentra y se encontrará inscrito con tinta invisible en todas las declaraciones de derechos humanos pasadas, presentes y futuras. Disentir es un acto irrenunciable de conciencia” (Gómez, 2010, p. 424). Pero, para disentir, el ciudadano tiene la condición y el deber previo de participar, comprometiéndose como sujeto partícipe y activo dentro de la vida social: “la única alternativa a todo lo que tiene que ver con la vida social es la participación” (Gómez, 2010, p. 424). El acto de disentir tiene una primera reacción natural en el hombre: la posibilidad de exclamar *no*, acto sencillo, pero contundente de una expresión democrática de oposición al sistema o a una conducta indeseada por el gobernante:

La palabra que más me gusta decir es *no*. Siempre llega un momento en la vida en que hay que decir *no*. El *no* es la única cosa efectiva

y transformadora que niega el statu quo. Lo que está ahí tiende a instalarse, a beneficiarse injustamente de un estatus de autoridad. Entonces llega el momento de decir *no*. La fatalidad del *no* –o nuestra propia fatalidad– está en que no hay ningún *no* que no se convierta en sí. El *no* es absorbido y tenemos que vivir más tiempo con el sí. [...] Aunque nosotros no somos poseedores de la verdad, porque esto no existe, somos los que decimos la palabra *no*. El sí es rutinario, está siempre allí. Siempre hay que introducir un *no* para enfrentar al sí, que es el consenso hipócrita en que más o menos estamos viviendo (Gómez, 2010, p. 421).

Disentir empleando la palabra *no* es una expresión que simboliza la lucha, que tiene significado de opinión, y que desafortunadamente condiciona la soledad de quiénes la usan: “Estoy convencido de que hay que seguir diciendo *no*, aunque se trate de una voz predicando en el desierto” (Gómez, 2010, p. 423). En su novela sobre la lucidez, el voto en blanco tiene el sentido de una revolución, porque es la manifestación de un grupo de ciudadanos pensantes y críticos sobre el proceso electoral, quienes supieron decir *no*, y el sentido del *no* cuando es colectivo, tiene la contundencia de una voluntad comunitaria. En esta línea de pensamiento, el 22 de septiembre del 2000, en la isla de Lanzarote, publica en *Lancelot*: “Lo peor que puede pasarnos es resignarnos a no saber. Hay que aprender a volver a decir no, y a preguntarse por qué, para qué y para quién. Si encontráramos respuestas a estas preguntas, a lo mejor entenderíamos el mundo” (Gómez, 2010, p. 423).

Finalmente, disentir para Saramago es defender la libertad a través del compromiso ciudadano, ser un libertario. Así lo expresó a *La República* de Montevideo el 26 de octubre de 2003:

Soy un comunista libertario, alguien que defiende la libertad de no aceptar todo lo que venga, sino que asume el compromiso junto con tres preguntas que deben ser nuestras guías en la vida: ¿por qué?, ¿para qué?, ¿para quién? Esas son las tres preguntas básicas y, efectivamente, uno puede aceptar un conjunto de reglas y acatarlas disciplinadamente, pero tiene que mantener la libertad de preguntar: ¿por qué?, ¿para qué?, ¿para quién? (Gómez, 2010, p. 409).

Conclusiones

Saramago, a través de su particular manera de observar la realidad y de interpretar la Historia, ha creado en sus novelas *Ensayo sobre la ceguera* y *Ensayo sobre la lucidez* una sociedad imaginada, producto de la ficción, de cualquier lugar en un mundo globalizado, y con ciudadanos que viven carentes de su principal característica como seres humanos: son egoístas y carecen de humanidad. En la primera de las novelas recrea un escenario dantesco y humanamente al borde del colapso, y la degradación máxima es causada por la ceguera blanca, limpia de sentimientos hacia el otro, vacía de emociones compartidas y con esperanza de recuperación al final. En la segunda novela, la lucidez es el paralelo entre la blancura de la ceguera que la antecede en cuatro años de creación, y el voto en blanco como expresión del disenso y la indignación cuando se piensa y se reflexiona sobre los principios de gobernabilidad y ordenamiento social.

La personalidad del autor, directamente relacionada en su manera de observar la sociedad con su filiación política, se manifiesta en defensa de la paz allí donde está amenazada (en Palestina, Asia, incluso Colombia; por mencionar algunos de los territorios donde denunció atropellos y violencia); como un crítico a la Unión Europea que a través de las políticas económicas destruye la cultura y los valores de cada país de la comunidad; y como un comunista convencido a pesar de los fracasos del sistema en los países del Este y de la antigua Unión Soviética. En sus escritos y conversaciones es evidente la preocupación del autor por el avance del capitalismo radical que se expande por encima de gobiernos y civilizaciones, siendo elocuente con su inconformismo hacia aquellos que piensan –y obran– sobre la política como el arte de no decir la verdad.

Una realidad social y política posterior a la muerte del nobel luso, el movimiento “Indignados” en España, podría ser asociada como la apropiación por la juventud inconforme, molesta y sin esperanzas de las reflexiones de José Saramago:

Los indignados ratificaron las propuestas en una vertiginosa serie de cuestiones, desde la política alimentaria hasta el feminismo, el desempleo y la inmigración, levantando ambos brazos y moviendo los dedos. Pero las demandas más ampliamente apoyadas fueron sorprendentemente restringidas: diputados más responsables; la

abolición del Senado, considerada una tienda parlante para haberes sobrepagados; una nueva ley electoral para premiar la apertura de un sistema bipartidista dominado por los asediados socialistas gobernantes de José Luis Rodríguez Zapatero y la oposición conservadora del Partido Popular (PP). “Tenemos alternancia sin alternativas”, dijo Olga Arnaiz, una manifestante estudiante de 26 años. La reforma electoral puede parecer una demanda modesta para esta generación perdida. Pero en España, como en otras partes de la zona euro, los políticos y los banqueros se unen a la moda en su respuesta a la crisis económica (Robinson, 2011).

Saramago, encuentra diferencias entre la crítica lanzada al capitalismo y la que se escucha del socialismo. En el primer caso, manifiesta que los capitalistas tienen menos que perder en cuanto a la crítica, porque no prometen nada a los ciudadanos diferente a la sobrevivencia en un mundo de libre mercado; mientras que el socialismo, como promete mejorar las condiciones de los ciudadanos en una sociedad más justa y equitativa, se llena de promesas que no cumple por diversas razones, especialmente por el egoísmo de sus líderes, llenando su espacio político de decepciones. Así lo expresó a la publicación *Faro de Vigo* el 20 de noviembre de 1994: “Nunca oiremos a nadie decir que está decepcionado con el capitalismo. ¿Por qué? Porque el capitalismo no promete nada. Sin embargo, como el socialismo es una ideología repleta de promesas también lo está llena de decepciones” (Gómez, 2010, p. 404).

Por sobre todo, su interés como humanista es la preservación del hombre en su condición individual y como ser social, por encima de ideologías, sobre las cuales, habla sin preferencias ni subjetividades en la revista *Pensar*, publicada en Brasilia el 25 de octubre de 1998: “Para generar seres humanos son necesarias circunstancias humanas. Yo diría que el capitalismo no quiso hacerlo, y el comunismo no supo hacerlo” (Gómez, 2010, p. 406).

Referencias bibliográficas

- Baptista-Bastos, A. (2011). *José Saramago. Un retrato apasionado*. Madrid: Clave Intelectual, S.L.

- Ferrater, J. (2004). *Diccionario de Filosofía Tomo III (k-p)*. Barcelona: Ariel, 2004.
- Gómez, F. (2010). *José Saramago en sus palabras*. Bogotá: Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.
- Kunkel, B. (2001). Societies of Mutual Isolation. *Dissent*, 48(4). Recuperado de <http://search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&db=hlh&an=5783048&lang=es&site=ehost-live>
- Mora, R. (2004, 27 de abril). Saramago critica los males de la democracia en 'Ensayo sobre la lucidez'. *El País*. Recuperado de https://elpais.com/diario/2004/04/27/cultura/1083016804_850215.html
- The Nobel Prize in Literature 1998: José Saramago. (2014). *Nobelprize.org*. Recuperado de https://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/1998/
- Robinson, A. (2011, 27 de junio). Spain's 'Indignados'. *Nation*, 292(26), 6-8. Recuperado de <http://search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&db=lgh&AN=61138737&lang=es&site=ehost-live>
- Saramago, J. (2000). *Ensayo sobre la ceguera* (3ra ed., B. Losada, trad.). Madrid: Suma de Letras S.L.
- Saramago, J. (2001a). *Cuadernos de Lanzarote I (1993-1995)* (E. Naval, trad.). Madrid: Grupo Santillana de Ediciones S.A.
- Saramago, J. (2001b). *Cuadernos de Lanzarote II (2001-1997)* (P. del Río, trad.). Madrid: Grupo Santillana de Ediciones S.A.
- Saramago, J. (2003). *Las maletas del viajero* (Editorial Ronsel & B. Losada, trad.). Madrid: Santillana Ediciones Generales S.L.
- Saramago, J. (2004). *Ensayo sobre la lucidez* (P. del Río, trad.). Bogotá: Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A.
- Saramago, J. (2008). *El viaje del elefante* (P. del Río, trad.). Bogotá: Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A.
- Saramago, J. (2009). *El cuaderno. Textos escritos para el blog. Septiembre de 2008 - Marzo de 2009* (Pilar del Río, trad.). Madrid: Santillana Ediciones Generales S.L.
- Sorel, A. (2007). *Saramago. Una mirada triste y lúcida*. Madrid: Alga Ediciones, S.L.